

Rafael Reig

AMOR INTEMPESTIVO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

RAFAEL REIG
AMOR INTEMPESTIVO

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: junio de 2020

© Rafael Reig, 2020

Esta obra ha merecido la VI Beca del Fondo Antonio López Lamadrid de apoyo a la Creación Literaria 2020

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-838-2
Depósito legal: B. 6.769-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Con más de cincuenta años, seguía echándome de menos a mí mismo, y empecé a escribir en un cuaderno de doscientas cuarenta páginas tamaño cuartilla, de pie, en un barril del bar de Lucía, con un whisky y frente a la piedra de La Maliciosa coronada de nieve. Tardé meses en llenarlo y cuatro años en llegar hasta el final, desde el que ahora escribo. Las novelas —como la vida— se leen desde el primer capítulo hasta al último, pero se escriben siempre desde el final —también como la vida, que solo adquiere sentido una vez vivida—. Intenté apartarlo de mí, escribí otras cosas (las novelas *Señales de humo* y *Para morir iguales*), pero el cuaderno de tapas negras seguía esperándome sobre la mesa con sus ciento veinte páginas escritas a lápiz por una sola cara; y otras tantas en blanco, al dorso. Quedaba una cara de mí que no

me atrevía a descubrir. Como si hubiera hecho la cama al contrario, con la almohada a los pies, oía el ruido amenazador de mis pasos acercándose. Por eso decidí terminar la otra cara de las páginas: para salir a mi encuentro.

Todo empezó con una reunión de viejos amigos, fantasmas del pasado. El Festival Eñe se celebra en el Círculo de Bellas Artes de Madrid y cada año lo organiza una persona distinta, a la que llaman comisario. En 2016 la comisaria fue Marta Sanz y —como es costumbre— lo llenó todo de amigos de su edad, escritores nacidos en los años sesenta. Marta me invitó a lo que la prensa llama «la gran fiesta de las letras» —como llama a las elecciones «la gran fiesta de la democracia»— para que participara en una mesa redonda. Acepté por ver a los amigos y porque no puedo resistirme a nada que me proponga Marta, menos aún con su placa de *sheriff*.

También necesitaba que me diera el aire. Llevaba más de un año sin escribir, porque me había convencido de que mis novelas eran como los inventos del profesor Bacterio: o no funcionaban o, si lo hacían, era siempre en contra del lector.

La mesa redonda, que tuvo lugar el viernes 4 de noviembre a las 21:30, se titulaba «Que veinte

—o treinta— años no son nada», y el programa (que conservo) la presentaba así:

Hace veinte o treinta años coincidieron en las aulas y en el bar de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid cuatro muchachos que se han convertido en figuras centrales de las letras españolas por su labor docente y literaria. Javier Azpeitia, Eduardo Becerra, Antonio Orejudo y Rafael Reig revivirán viejas conversaciones y sus temas de interés de ayer y de hoy.

Me recordó a los dibujos de mi infancia, las *Merrie Melodies*, que se anunciaban como «Fantasías animadas de ayer y de hoy». Quizá fuera intencionado y Marta Sanz quería insinuar que nuestros «temas de interés de ayer y de hoy» son propios de los dibujos animados.

Bajé temprano a Madrid en el autobús de línea, el 684 de Larrea, decidido a administrarme en el oportuno bar la anestesia necesaria para afrontar la intervención. Contra todo pronóstico, la charla sobre el éxito y el fracaso, sobre la lealtad y la traición, no solo me pareció entretenida, sino que me devolvió las ganas de escribir.

Esa noche dormí en Madrid y volví a casa a mediodía, y al día siguiente me levanté, como

siempre, a las cinco de la mañana. Desayuné y me di una ducha que terminé con agua fría, hasta que empezó a salir el agua de «la tubería profunda», como se dice en el pueblo con tono solemne e intimidatorio. Aquí el agua siempre sale del grifo muy fría, te deja los dedos morados, pero llega un momento en el que aparece de pronto un agua heladora que viene de la remota tubería profunda, soterrada bajo el nevero perpetuo de la montaña, y que puede hacer que se te pare el corazón de golpe. Eso dicen en Cercedilla.

Llevaba tanto tiempo resistiéndome a escribir, que el ordenador se negó a arrancar. Por eso me fui a escribir a mano en el barril. David, el amigo informático que todos tenemos, probó el «modo seguro», que no funcionó, y me dijo que iba a buscar un «punto de restauración en el pasado». Según me explicó, el ordenador almacenaba el estado del sistema en varias fechas a las que podía retroceder para ponerse en marcha tal y como se encontraba entonces. Lo que hubiera sucedido a partir de ese momento, desaparecería —programas, archivos, documentos— y volveríamos atrás (sin memoria ni deseo) para empezar de nuevo. La idea me pareció sugerente. Igual que los ordenadores, quizá nosotros también establezcamos

hitos en el tiempo, a los que volver cuando ya no seamos capaces de seguir adelante: antes de la primera novia, de la primera claudicación, del nacimiento de un hijo, de la muerte de un ser querido.

Como era previsible, la mesa redonda me transportó a uno de esos instantes: antes de terminar la carrera, cuando todos éramos genios y todavía inmortales. En mi caso, ese estado se prolongó un año más, porque obtuve una beca como lector en la Tufts University, en Boston, donde pude seguir siendo inmortal y un genio, mientras mis compañeros preparaban la oposición a secundaria y daban clases particulares o repartían pizzas en motocicleta para poder hacer el doctorado.

Treinta años después, ya calvos, mediocres y mortales, con barrigas, canas y ojeras, arrastrando los pies y llevando a cuestas divorcios, hipotecas, deudas y sinsabores, nos fuimos encontrando en la famosa Pecera del Círculo, junto a la mujer desnuda esculpida por Moisés Huerta y bajo los lienzos del techo pintados por José Ramón Zaragoza.

Era difícil no mirar aquel cuerpo de mármol, tendido a nuestros pies en una postura muy poco natural, y con los ojos cerrados. No está dormida, nos dijo Chavi Azpeitia: está muerta.

En mi familia todos tenemos dibujos de Zaragoza, que era de Cangas de Onís y debió de ser buen amigo de mi abuelo Benito. Sus pinturas, demasiado clásicas, sin duda se parecen al modelo y son —como tantos matrimonios— fieles pero aburridas. De los dibujos lo que llama la atención es que todos los que tenemos son de hombres desnudos.

Allí, mirando con timidez el hermoso cadáver y las acartonadas pinturas, estábamos la presunta generación de los sesenta, que casi nunca íbamos al Círculo de jóvenes. En los ochenta aquello era poco más que un casino de provincias, cuando decidieron resucitarlo con una primera medida decisiva: cobrar la entrada. A veinte duros. Y por supuesto funcionó, aunque nosotros siguiéramos yendo al Deportes (que estaba al lado de la editorial Cambalache), al Casa Riera, al Galdós o a tabernas como La Dolores.

Si existiera una «generación de novelistas de los sesenta» (pero no es más que una conjetura), su característica más sobresaliente tendría que ser nuestra inoportunidad. ¿Qué clase de jóvenes soñarían con ser novelistas cuando la literatura ya había perdido toda relevancia social? Los últimos que llegaron a tiempo fueron los que te-

nían diez o quince años más que nosotros: Javier Marías, Muñoz Molina, Millás, Mendoza, Llamazares... Con veinte años, en los ochenta, les vimos triunfar, pero no nos dimos cuenta de que eso nunca iba a volver a suceder. Debíamos de ser los tontos de la clase, el pelotón de los torpes, porque el resto de los jóvenes de nuestra edad no querían ser escritores, sino cantantes, directores de cine, arquitectos o simplemente ricos. Si existiera esa generación (pero insisto, se trata de una idea de bombero), habría que llamarla «generación intempestiva», siempre estuvimos, como dice el diccionario, «fuera de tiempo y sazón». Así nos va. Nuestros predecesores aguantan el tipo como pueden, a sabiendas de que son un anacronismo. Míralos: uno escribe a máquina y se comunica por fax, otro se hace pasar por neoyorquino de Brooklyn con acento andaluz, otro se mete en armarios empotrados que dan a su otro yo... En fin, se comportan como cuñados con una copa de más en la boda de su hermana, o como filatélicos obesos y empecinados.

¿Y nosotros? No somos más que un hatajo de acreedores, se nos debe la gloria y vamos reclamándola por los rincones. Nuestras novelas pertenecen todas al mismo género literario que los

cartones que ponen los mendigos al lado de su manta: pedimos una limosna de gloria contando nuestra triste vida, y lo llamamos autoficción. Eso somos las «figuras centrales de las letras españolas» que escupíamos en corro «en las aulas o en el bar de la Facultad».

Salvo por la ausencia de torres de vigilancia, aquella Universidad Autónoma de Madrid era idéntica a una prisión provincial de grises muros de hormigón, aislada y laberíntica, con patios interiores y escaleras supernumerarias que dificultaban la huida. La blanda hierba que decoraba el campus también le daba —combinada con la arquitectura penitenciaria— ese aspecto de inocencia simulada que caracteriza a los laboratorios farmacéuticos y a los emplazamientos militares secretos. Lo más acogedor era el bar de la Facultad.

¡El inolvidable bar de Juanjo! Con la no menos inolvidable tortilla de patatas en olla que hacía Mercedes, la mujer de Juanjo. Aquellos eran los tiempos, primera mitad de los ochenta, y en el bar de Juanjo había parejas de literatos discutidores: Gerena y Echevarría, al que llamábamos Echabarriga, Chavi Azpeitia y Eduardo Becerra, Pepe Rídao y Juan Blázquez, y Orejudo y yo. Ninguno

esperábamos cumplir los treinta: moriríamos jóvenes, como los héroes, fulminados por nuestro propio talento, igual que el olmo viejo hendido por el rayo (y en su mitad podrido). Juan era el más ambicioso de todos: bebía ginebra por las mañanas y ni siquiera confiaba en cumplir los veinticinco. El bar tenía una barra en forma de ele; el lado corto acababa junto a una ventana que daba a la entrada principal; el largo recorría la sala hasta una pared, tras la que estaba la estación de tren. En las otras dos paredes había repisas para dejar las copas, los cafés o los botellines, y para apoyar el codo con displicencia y la cadera dibujando esa curva característica de Praxíteles. El pequeño espacio de barra junto a la ventana era el lugar privilegiado, que ocupaban siempre los modernos, pálidos, ojerosos, recién exhumados de sus tenebrosas sepulturas en el Penta, la Morasol, el Morgenstern o el Rock-Ola. Los plumíferos nos reparábamos el resto: Chavi Azpeitia y Eduardo Becerra en el otro extremo de la barra, Echabarriga y Gerena en la repisa más cercana a la puerta; Orejudo y yo en el ángulo de la ele; Blázquez y Ridao, al lado de la entrada: todos incansables en nuestra liturgia de bendiciones y maldiciones. ¡Tolstói es Dios! Mejor Dostoievski: ¡es el Demonio! ¡Cla-

rín es un estreñido! ¡Las novelas de Galdós huelen a repollo, como un descansillo de escalera! ¡Neruda es más plomo que el catastro! ¡Pues anda que Vallejo: un indio deslumbrado por las baratijas del simbolismo francés! Y así cada mañana.

¿De qué hablábamos? De nosotros mismos, todo el tiempo, de la identidad que intentábamos construirnos. Por eso éramos tan categóricos —estábamos dando palos de ciego— y por eso estábamos tan impacientes: ¡teníamos los días contados!

Y sin embargo Azpeitia y Becerra siguen vivos (uno es un escritor bastante reconocido y el otro es catedrático), y viven también Echabarriga (alto cargo en una multinacional de fabricación y distribución textil) y Gerena (que fue actor y periodista, y ahora arregla el país en las tertulias de la tele); y vive y publica libros Pepe Ridao (aunque ahora se llame José María y sea embajador, además de un ensayista importante), por no hablar de Orejudo y de mí, que insistimos en publicar novelas, pero cada vez más cansados, porque ya solo hablamos de nosotros mismos, incapaces de encontrar nada de mayor interés. El único que murió —pero no antes de los veinticinco— fue

Juan Blázquez, que tantas ambiciones tenía, el primero que publicó una novela, aunque ya no volvió a escribir jamás hasta su muerte, de una cirrosis devastadora, a la edad de Garcilaso y sin ninguna gloria, salvo la de ser recordado por sus amigos treinta años después en la barra de un bar, a partir de la tercera copa.

Allí los que queríamos ser escritores nos vigilábamos unos a otros. ¿Y si alguno de pronto iba y escribía la gran novela de nuestro siglo? Esa era la amenaza, y a mí entonces lo que más me aterrizaba era que la escribiera Antonio Orejudo. Durante varios años fuimos inseparables. Más que amistad, se trataba de una *folie à deux* que ambos alimentamos, no tanto por espíritu de cooperación, sino sobre todo porque ninguno estábamos lo bastante locos como para mantener el delirio por nuestra cuenta. Convertirse en novelista es como atracar un banco o cometer un crimen: se necesitan cómplices. Así sucedía con Gerena y Echabarriga, con Chavi y Eduardo, con Ridaio y Juan, y con Orejudo y conmigo.

Solo he conocido a alguien lo bastante chiflado y con tanto ego como para intentarlo en solitario: Benavides. Una vez, sería por el 86, tras el referéndum de la OTAN, en el semáforo de la calle

Sagasta, a punto de cruzar hacia la taberna de Araceli, José Carlos Benavides nos reveló a Orejudo y a mí que él iba a ser «el recambio de Felipe González». Tal cual. Casi nos atropellan, porque nos quedamos paralizados, mudos de admiración, e intercambiamos esas miradas que indican que uno se halla por fin en presencia de un auténtico orate. Benavides compaginaba Derecho y Filología, así que poco después afirmó que Tomás y Valiente quería que, en su momento, le sustituyera en el Tribunal Constitucional, y luego que Lázaro Carreter le estaba tanteando para la Academia Española. Todo lo decía con el aplomo de los lunáticos: era fascinante. Y siempre actuaba solo, como un agente secreto o un francotirador. Durante un tiempo fue secretario de Estado de Cultura y ya no sé por dónde andará ahora: quizá haya remplazado a Lola Flores, a Tina Turner o a la madre Teresa de Calcuta —nada estaba fuera de su alcance— o quizá esté dando alaridos encerrado en una gavia.

Orejudo y yo colaboramos para convencernos el uno al otro de algo no menos disparatado que las salidas de pata de banco de Benavides: que ambos íbamos a cambiar el curso de la literatura universal.

Juan Blázquez en cambio no representaba una amenaza para nadie por una razón obvia: follaba demasiado. Gustaba a las chicas, las volvía locas, como si acabara de despertarlas de un profundo sueño en pleno día, o tal vez de rescatarlas de una pesadilla. Tenía ojos azules, labios grandes y abultados, un flequillo rebelde que atravesaba la frente buscando un atajo, y cara de niño bueno, interrumpida de pronto por una sonrisa esquinada y provocativa que parecía decir: sé lo que quieres, aunque tú todavía no lo sepas, y te lo voy a dar. Esa sensación de peligro inminente —¿quién no prefiere seguir ignorando su deseo oculto?— debía de ser lo que les gustaba de él: el fondo pantanoso de sus labios bajo el agua diáfana de su mirada. ¿Qué necesidad tenía de escribir novelas, si ya era tan atractivo? Además, para tener éxito en los ochenta, bastaba con declararse cantante, actor, pintor o diseñador; ya no era necesario ni aconsejable encerrarse a escribir cientos de folios que nadie iba a leer de todas formas. Los plumíferos nos habíamos convertido en mamarrachos, nos dábamos mucha importancia, pero actuábamos como exploradores polares cuando los polos —y la misma Antártida— ya estaban repletos de McDonald's y cajeros automáticos.

Mis únicos amigos no plumíferos eran los del club de ajedrez que formamos algunos de la Facultad, el club Al Paso, con el gran Ostolaza de presidente, el gordo Tomás, Macarena, Escalona y Carmen Avellán (a la que quise tanto y me dejó sin más por Jaime Escalona). A Juan Blázquez mis amigos ajedrecistas le causaban bastante asombro: se negaba a creer que quisieran —tal y como afirmaban— llevar vidas normales y corrientes. Estaba convencido de que esas vidas siempre desembocan en divertículos en el colon, en la ominosa tos improductiva o en una inflamación crónica de los tobillos. No eran más que una pérdida de tiempo, del buen humor y de la circulación de retorno, eso decía, con su vaso de ginebra en la mano.

Nosotros creíamos que solo se hacía escritor el que no tenía más remedio. Si no tienes cuentas pendientes con el mundo, no te pones a escribir novelas. Eso es lo que les faltaba tanto a Juan como a Benavides: la inagotable energía del rencor.

A final de cuarto Blázquez ya empezó a dejar de tener encanto. Cuando volvía del baño no era raro que trajera el pantalón manchado de pis, vomitaba en las fiestas o se quedaba dormido; y sus comentarios puede que siguieran siendo agudos,

pero apenas se entendían tras la segunda ginebra. Nada más terminar la carrera, se casó con Inés Baraona, una chica de provincias bastante pavisosa, y dejó de escribir.

¿Por qué dejó de escribir? Frente a una pregunta como esa hay varias respuestas posibles. La más natural y razonable es otra pregunta: eso depende de para qué escribiera. Otras opciones son: porque tenía otras cosas que hacer. Porque se aburría. Porque no recibió la recompensa que esperaba. Porque le parecía un esfuerzo excesivo. Porque prefirió la ginebra. Porque no se le ocurría nada.

Además, ¿qué tiene de misterioso que alguien deje de escribir? Escribir no es tan importante. Todo el mundo deja muchas cosas: una carrera universitaria, a su pareja, de comer carne, una ciudad, de fumar, de llevar corbata o de ponerse vaqueros; pero nadie se preocupa, intrigado, de por qué Fulano habrá dejado de jugar al parchís, a las damas o a la petanca.

En la Pecera le preguntamos a Azpeitia cómo sabía que la mujer de la escultura estaba muerta. Lo sé, aseguró: y todos la conocéis.

Creo que no fui el único que se sintió acusado, también quizá culpable.

¿Quién es?, preguntó Becerra, y en ese momento la comisaria Sanz nos avisó de que teníamos que empezar la tertulia. Al salir de allí ninguno pudo evitar mirar hacia el suelo, a la mujer desnuda, pero a mí me dio vergüenza o quizá preferí despedirme, mirando al techo, de los tres tristes lienzos del amigo de mi abuelo: *El Amanecer*, *El Día* y *La Noche*.

Costaba creerlo: la sala estaba casi llena, y no solo de amigos de entonces (vi a Gerena, al secretario de Estado Benavides, a Echabarriga y a otros), sino que había jóvenes dispuestos a escuchar nuestras batallitas. Contamos lo de siempre: la revista que hicimos, la hamburguesa vegetal y la cultura católica, que desconfía del humor. El público no debía de haberlo oído nunca, o ya lo había olvidado, puesto que nos aplaudieron.

Al terminar, en lugar de volver a la Pecera, decidimos ir al Deportes. Era inevitable: como una sombra en la pared, el fantasma de Juan se nos apareció (a la tercera copa), veinte —¿o eran ya treinta?— años después. Estábamos Orejudo, Azpeitia, Becerra, Alicia Garay, Belén Gopegui, la comisaria Sanz, Gerena y alguno más, la mayoría «figuras centrales de las letras españolas».

Hablamos de Juan, fingimos asombrarnos de que él hubiera muerto y nosotros siguiéramos con

vida, y recordamos una antología que pretendió hacer visible por primera vez a la presunta generación literaria de los nacidos en los sesenta, *Nueve narradores nuevos*, publicada en 1998.

Hoy nadie recuerda esa antología, pero en aquel momento fue algo muy importante para nosotros, todos queríamos aparecer en ella.

A mí me dejaron fuera, puesto que para entonces ya no era un genio y había elegido, como el centauro Quirón, convertirme en mortal (quizá para poner término al dolor). Si hubiera formado parte de ella, nada habría cambiado ni se habría convertido en uno de esos puntos de restauración a los que podría regresar para empezar de nuevo: antes de abandonar a Lorena, por ejemplo. Antes de volver a España. Antes de casarme por primera vez. Antes de la muerte de mis padres.